

## LENGUAJE Y LITERATURA EN EL CATÁLOGO DE LA EDITORIAL LOSADA

Fernando Larraz

A Losada se la ha llamado la editorial del exilio republicano (Ferrero de Sahab, Santiago, Estofán y Perrero de Roncaglia 1993; Peces 2002). No en vano, allí fue a parar una parte muy representativa del capital intelectual exiliado en Argentina que, de forma regular o esporádica, como traductores, ilustradores, prologuistas, correctores, directores de colecciones..., encontraron en la empresa creada por Gonzalo Losada un medio para subsistir económicamente sin desistir de proseguir sus trabajos intelectuales ni hacer renuncias a los valores de su ideología.

Como se ha enfatizado en todas las reconstrucciones de la historia de la editorial, en el grupo fundador de Losada confluyeron algunos intelectuales americanos, como Pedro Henríquez Ureña, con una mayoría de expatriados españoles. En realidad, muchos de los españoles del núcleo fundador de Losada eran antiguos residentes en Buenos Aires, de ideología liberal republicana y, por consiguiente, inequívocamente antifranquista. El fundador, Gonzalo Losada, por ejemplo, llevaba en América desde 1928, cuando fue enviado como gerente de la casa madrileña Espasa-Calpe; Guillermo de Torre había llegado en 1937 después de salir de Madrid poco tiempo después de iniciarse la guerra, pero había vivido previamente en Buenos Aires entre 1927 y 1932 y tenía fuertes vinculaciones con la intelectualidad porteña; Amado Alonso también había llegado a Buenos Aires en 1927 y desde entonces dirigía el Instituto de Filología de la Universidad de Buenos Aires; más antigua es la residencia argentina del filósofo Francisco Romero, sevillano de nacimiento, que llegó a Buenos Aires con solo 13 años; y Felipe Jiménez de Asúa se había

trasladado a Argentina también en 1927 para trabajar en la Universidad de Córdoba (*La editorial Losada...* 2002; Larraz 2018: 23-42; y 2020).

Algunas de las singularidades del proyecto de Losada se explican por esta condición de españoles de larga residencia en Argentina de Losada, Alonso y De Torre, que incidió sobre su política editorial en un sentido amplio y, de forma más específica, sobre sus colecciones literarias y su definición como motor intelectual en lengua española. La impronta de aquellos expatriados y de su conciencia identitaria se visibilizó en un asunto central en esos años: la reflexión sobre la lengua literaria española, asunto que se venía debatiendo desde tiempo atrás y que atañía a una editorial que cabe considerar argentina a casi todos los efectos —legislativos, mercantiles—, pero con una inclinación española muy fuerte.

Hay que hacer notar, en este sentido, un segundo rasgo, que diferencia a Losada de las demás grandes editoriales fundadas estos años con relevante participación de españoles republicanos: su relativa independencia financiera. Este hecho le permite abordar con amplios márgenes de libertad —respecto de capitales sujetos a la España de Franco, como los de Espasa-Calpe Argentina, así como de los intereses de grandes capitalistas argentinos, como en el caso de Sudamericana y Emecé— la dirección de una política editorial hasta entonces inédita en América latina. Aunque Losada no era propietario único ni mayoritario de la editorial, la mayor parte de accionistas que formaban el directorio de la empresa formaban parte de la colonia española en Argentina.

La aspiración de Losada era crear un catálogo de amplias miras intelectuales, autónomo de intereses políticos y, por ello, con una alta cota de libertad intelectual; con un intenso ritmo de edición, ordenado en grandes colecciones y, aunque radicado en Buenos Aires, proyectado hacia el resto del mundo hispanohablante. El modelo eran casas editoriales que habían estado localizadas hasta antes de la guerra en Barcelona o Madrid, especialmente, Espasa-Calpe o Aguilar. Aquellas editoriales españolas se habían expandido por la América de habla española legitimando su capitalidad metropolitana a través de la coartada de la patente idiomática, cuya lógica vinculaba el origen y la ortodoxia de la lengua con la difusión de las letras literarias. Pero todo había cambiado con la guerra: la capitalidad editorial en lengua española ya no estaba en Madrid ni en Barcelona, sino en Buenos Aires, y esto obligaba

a redefinir o, al menos, matizar los parámetros lingüísticos y los discursos sobre la lengua literaria. El catálogo de la editorial Losada, con su papel protagonista en ese cambio de paradigma, fue el espacio donde aquel debate se vivió con mayor intensidad.

Para abordar cómo se objetiva este punto de partida en las colecciones de literatura de Losada, tomaré como hipótesis algunas conclusiones a las que han llegado dos especialistas en la historia editorial argentina y, concretamente, de la editorial Losada. José Luis de Diego, en el capítulo que dedica a los años 1938-1955 en la historia argentina de la edición que él mismo dirigió, concluía que “la ‘época de oro’ de la industria editorial coincide con un desarrollo significativo de la literatura argentina, pero de una literatura de minorías; y el comienzo de la decadencia de la industria editorial coincide con un desarrollo notable de la literatura argentina y latinoamericana en el interés de los lectores” (2014: 121). Dicha paradoja se explica por el carácter internacionalista que marcó aquella época de la historia intelectual y editorial argentina, en la que una parte muy grande de la producción de libros se dedicaba a la exportación. A ello se une la gran presencia de autores españoles en los catálogos de las editoriales que protagonizaron aquella “edad de oro” entre 1938 y 1955: Espasa-Calpe, Emecé, Losada y algunas más pequeñas, mientras que otras grandes editoriales como Sudamericana y Santiago Rueda enfocaban de forma muy prioritaria a la traducción. Más tarde, algunas de ellas viraron hacia la publicación de autores nacionales argentinos, una vez perdidos en gran medida los mercados internacionales, que volvían a estar copados por los editores españoles. En un trabajo dedicado más específicamente al caso de Losada, De Diego (2015) abundó en este planteamiento. Explicaba cómo el capital intelectual de Losada se basó durante los primeros quince o veinte años de existencia en su universalidad, que interpelaba a una élite no solo argentina sino latinoamericana en general.

Esta periodización llevó aparejados debates acerca de la política lingüística que debía seguirse en la editorial. Los trabajos de Laura Sesnich han hecho hincapié en cómo Losada fue vista por Amado Alonso como la oportunidad de materializar un proyecto en el que realizar sus teorías lingüísticas de “nivelación” de la lengua literaria española. Se trataba de hacer de la editorial un instrumento de acción sociolingüística: “concebir una lengua uniforme para el mercado editorial a través de la cual ‘nivelar el lenguaje’, es decir, lograr

una transferencia exitosa de la lengua literaria al registro oral del público lector no erudito por intermedio de la industria editorial” (Sesnich 2020: 122). Las aspiraciones de Alonso en el terreno filológico no estaban lejos de las de Guillermo de Torre en el terreno puramente crítico y en ambos casos, partían de ciertos axiomas no abandonados sobre la centralidad lingüístico-literaria de España en el ámbito hispanohablante, incluso aunque esta hegemonía se hubiera divorciado de la centralidad editorial. Sin embargo, la marcha de Alonso de Argentina en 1946 al ser destituido de su cátedra por el régimen peronista y el posterior desasimio de De Torre del mando de la editorial hacia mitad de la década siguiente, junto con el cambio de rumbo que dio Losada a su editorial, malograron el alcance de este propósito (Sesnich 2020: 122-123).

Así pues, cabe plantear que la presencia en el núcleo del proyecto de Losada de Amado Alonso y de Guillermo de Torre —joven filólogo y joven crítico literario, respectivamente, con un precoz prestigio en ambos casos— fue determinante y debe ser considerada una de las claves más relevantes para interpretar la historia de la editorial.

Guillermo de Torre, vástago de la alta burguesía madrileña, precoz y atrevido poeta ultraísta, teórico pionero de las vanguardias y cofundador de la muy influyente *La Gaceta Literaria*, había vivido en Buenos Aires desde septiembre de 1927 hasta mediados de 1932, período durante el cual se casó con la pintora Norah Borges, a quien había conocido durante la estancia de esta y de su hermano Jorge Luis en Madrid. En aquella primera estancia argentina, colaboró en la fundación de *Sur*, la revista de Victoria Ocampo, y con la sucursal argentina de Espasa-Calpe, dirigida por Gonzalo Losada y Julián Urgoiti. Regresó a Madrid un año después de proclamarse la república. En septiembre de 1936, su familia y él abandonaron el Madrid en guerra y se instalaron en París. Desde allí, enseguida planearon cruzar a Argentina, adonde lo alentaron a viajar Losada y Urgoiti para que colaborara con la recién iniciada Espasa-Calpe Argentina S.A. A partir de entonces y hasta mediados de los años 50, cuando estabilizó su situación laboral en la Universidad, De Torre fue el director editorial, primero, de Espasa-Calpe Argentina —donde fundó la famosa colección Austral— y luego de Losada, donde dirigió un buen número de colecciones.

En cuanto a Amado Alonso, había sido discípulo aventajado de Ramón Menéndez Pidal, Américo Castro y Tomás Navarro Tomás, investigador él mismo en el Centro de Estudios Históricos y doctor en Filología con una temprana tesis sobre Valle-Inclán. Vivía en Buenos Aires desde 1927, cuando había aceptado la dirección del Instituto de Filología de la Universidad de Buenos Aires, que fue un venero de eminentes filólogos. En aquellos años, debió de relacionarse con Guillermo de Torre, pues Alonso propuso a Menéndez Pidal que el capítulo sobre novela española actual para la historia literaria que se proyectaba desde el Centro de Estudios Históricos y que había sido encomendado a él fuera hecho a cuatro manos con De Torre<sup>1</sup>. Fue también el primer agregado cultural de la Embajada española en Buenos Aires. Durante la guerra, Alonso llevó a cabo un intenso trabajo de ayuda a los intelectuales españoles para lo que recabó la asistencia de filólogos discípulos suyos, como Ángel Rosenblat y Marcos Morínigo, y trató de persuadir a maestros y colegas como Menéndez Pidal, Navarro Tomás, Castro y Dámaso Alonso para que salieran hacia Argentina.

Pese a su juventud, cuando arribaron por primera vez a Buenos Aires en 1927, Alonso y De Torre disfrutaban de un enorme prestigio como filólogo y crítico literario respectivamente. Colaboradores de *La Gaceta Literaria* —de la que De Torre era secretario y Alonso miembro del comité de redacción—, en 1927 y 1932, publicaron sendos artículos que causaron revuelo por su visión de las relaciones lingüísticas, culturales y editoriales entre España y Argentina: De Torre el artículo “Madrid, meridiano intelectual de Hispanoamérica” en la revista *La Gaceta Literaria* de Madrid y Alonso “El problema argentino de la lengua” en la revista porteña *Sur*, incluido y muy ampliado después en el libro *El problema de la lengua en América*, dedicado “A Jorge Luis Borges, compañero en estas preocupaciones”.

El famoso artículo de De Torre “Madrid, meridiano intelectual de Hispanoamérica” partía de la premisa ya enunciada en su título: “señalemos en nuestra geografía espiritual a Madrid como el más certero punto meridiano, como la más auténtica línea de intersección entre América y España”,

---

<sup>1</sup> Cartas de Ramón Menéndez Pidal a Amado Alonso del 14 y 15 de febrero de 1929. Archivo Personal de Amado Alonso, Residencia de Estudiantes, rollo 3, imagen 590 e imagen 592.

meridiano sobre el cual edificar una “nivelación de relaciones de países y culturas heterogéneas”. Aquel artículo desató una polémica bien estudiada ya (Alemany 1998). La tesis de De Torre en su artículo era que la fuente de influencia europea sobre Argentina no debía ser el latinismo francés sino el hispanismo español.

La revista porteña *Martín Fierro*, en su número de junio de ese año 1927, cuando De Torre acababa de desembarcar en Buenos Aires, dedicó varias páginas a aquel artículo de *La Gaceta Literaria*. Algunos de los participantes en la polémica derivaron su reacción anticolonialista a una dimensión lingüística, que era ya una de las líneas editoriales de *Martín Fierro*. No en vano, dos años antes, un artículo de Francisco Luis Bernárdez declaraba que “la argentinidad ya va dejando de ser un término de especulación intelectual y se va haciendo carne en el pueblo y en la nueva literatura. La simpatía de la nueva generación hacia lo popular, hacia lo autóctono, hacia la criolledad, es algo sintomático de lo que aseveramos. El idioma llegará en su hora” (Bernárdez 1925: 107).

“Madrid, meridiano intelectual de Hispanoamérica” se había publicado sin firma. Por ello, De Torre no salía mencionado en las refutaciones al meridiano, pero sí se le dedicaba un artículo muy crítico en ese mismo número por otro trabajo suyo sobre varios poetas mexicanos. Lo que aquí nos interesa es que, entre las respuestas airadas en respuesta a los agravios del meridiano (firmados, entre otros, por Borges, Molinari, Rojas Paz y Scalabrini Ortiz), dos llevan la controversia al terreno del idioma. El poeta Nicolás Olivari expresaba irónicamente lo siguiente: “hablamos su lengua por casualidad, pero la hablamos tan mal que impertinentemente nos estamos haciendo un idioma argentino. Dentro de unos pocos años nos tendrán que traducir si quieren gozar de nuestro lírico influjo” (1927: 356). El otro texto se titula “A un meridiano encontrao en una fiambra” y está firmado por un Ortelli y Gasset —juego entre el poeta Roberto A. Ortelli, enemigo de De Torre, y un satirizado filósofo Ortega y Gasset (García 2008: 98)— que, de acuerdo con Carlo Mastronardi (1967: 197-198), escondía las plumas de Borges y de él mismo. Lo más relevante es que satirizan la propuesta del meridiano usando el lunfardo: “Espicarusen con plumero y todo, antes que los faje. Che meridiano: hacete a un lao, que voy a escupir” (Ortelli y Gasset 1927: 357).

En cuanto al mencionado trabajo de Alonso, como su título indica, es un diagnóstico de los síntomas y las causas del “problema lingüístico” de Argentina. Dicho diagnóstico —muy afecto al elitismo orteguiano— consiste en que “en Buenos Aires el escritor inhábil (digamos el que escribe para la publicidad y lo hace con torpeza) abunda alarmantemente más que en otros países de lengua castellana” (Alonso 1932: 145) a causa, entre otros factores, de “la lengua oral de Buenos Aires, en la que con tanta desidia se encomienda al tuntún el sentido de las palabras y de las frases” (Alonso 1932: 148). Dicha lengua oral se entremete en la lengua literaria de los malos escritores argentinos, que no la “nivelan”. La explicación de la causa del fenómeno la basa en las teorías de Ortega y Gasset, que había publicado poco antes *La rebelión de las masas*: Buenos Aires está dominado por el autoritarismo del hombre masa, en quien “el espíritu localista acogota al de universalidad. El sentido de la norma queda relajado, como por trance de fuerza mayor” (Alonso 1932: 157). Ello no se debe, únicamente, a que “los extranjeros venidos en aluvión formen la masa de los artesanos y de los sirvientes, sino que están también en todos los puestos directivos de la sociedad de donde suele emanar la norma. Ellos y sus hijos son Buenos Aires” (Alonso 1932: 157).

Estos antecedentes —orteguianos, neocoloniales, centralistas y unificadores— no fueron tangenciales en la formación de la editorial Losada y el diseño de su política editorial. De Torre a tiempo completo y Alonso con dedicación parcial fueron dos de los pilares sobre los que Gonzalo Losada construyó su editorial. El primero detentó el cargo de director editorial y dirigió personalmente las colecciones “La Pajarita de Papel”, “Los Grandes Novelistas de Nuestra Época”, “Panoramas”, “Novelistas de España y América”, además de las Obras Completas de García Lorca. Alonso, por su parte, se encargó de la dirección de las colecciones “Estudios Literarios”, “Filosofía y Teoría del Lenguaje” y “Colección de Textos Literarios”, además de la codirección, junto con De Torre, de “Poetas de España y América”. A ellas se unen las colecciones de Pedro Henríquez Ureña, interlocutor frecuente de ambos y, de hecho, cooperador de Amado Alonso en tareas lingüísticas.

Un apéndice de aquellas controversias lingüísticas, en pleno impulso inicial de la editorial, tuvo lugar con la aparición de dos libros: *La peculiaridad lingüística rioplatense y su sentido histórico* (1941), de Américo Castro, publicado en la propia editorial Losada, y *La Argentina y la nivelación del idioma*

(1943), de Amado Alonso, publicado por la Institución Cultural Española. La relación entre ambas instituciones editoras es elocuente. Castro —antecesor de Alonso en la dirección del Instituto de Filología— había llegado a Buenos Aires en octubre de 1936 para dar un ciclo de conferencias sobre la España medieval invitado por la Institución Cultural Española, gracias a la mediación de Alonso. Para Castro, aquella invitación fue una tabla de salvación del maremágnum de la guerra. En Argentina estuvo durante unos meses y, aunque Alonso consiguió para él una cátedra en La Plata, Castro fijó definitivamente su residencia en Norteamérica. En 1943, cuando se publicó el libro de Alonso en la Institución, la dirección de esta no estaba ya en manos republicanas, sino que la controlaban elementos profranquistas, comenzando por su propio presidente, Rafael Vehils.

El libro de Castro, avalado por Alonso como director de la colección en la que se inscribía, suscitó una gran cantidad de controversia. Con un tono a veces dogmático, era un alegato a favor de la tarea de reunificar la lengua española depurándola de la degeneración respecto a la norma culta, que él consideraba la del castellano de Madrid, y cuyos niveles más alarmantes de desviación se daban en Argentina y Uruguay. Al igual que había ocurrido con el artículo del meridiano, el libro de Castro suscitó una airada reacción de Borges, reflejada en la reseña que publicó en la revista *Sur* (Degiovanni y Toscano y García 2010: 4) y que, en cierta medida, parece un colofón traído a términos lingüísticos de la vieja querrela del meridiano. La reseña de Borges comenzaba con una alusión indirecta a Alonso: “La palabra problema puede ser una insidiosa petición de principio. Hablar del problema judío es postular que los judíos son un problema” (Borges 1941: 66); y niega que exista la tan cacareada corrupción del lenguaje argentino, para lo que alude de forma muy bronca —tan bronca al menos como el propio Castro— a las deficiencias lingüísticas de los españoles.

En cuanto a *La Argentina y la nivelación del idioma*, estaba estructurado en tres partes. La primera incluía tres artículos que Alonso había publicado en el diario *La Nación* (Sesnich 2019). En el primero, Alonso llamaba la atención sobre el inicio de un nuevo paradigma en el que “la Argentina va a intervenir en los destinos generales de la lengua de veinte naciones, en una proporción nueva y desde un punto de comando que hasta ahora no ha tenido” (1943: 19) gracias a su desarrollo editorial. Sin embargo, los artículos

están escritos para prevenir el riesgo de una atomización de su lenguaje: “en cuanto se advierta que una tal reacción no solo supone desentenderse del hablar de Madrid, sino asimismo separarse del resto de América, se admitirá que no es conveniente” (Alonso 1943: 19). Incidiendo en la teoría de que lo que confiere unidad a una lengua no es el registro oral, fuente de particularismos dialectales, sino la lengua literaria, el desplazamiento de la centralidad editorial a Buenos Aires implicaba la asunción por sus agentes de una responsabilidad inédita:

La guerra civil española ha hecho cambiar de arriba abajo las condiciones. La producción española se detiene de repente, y algunas casas peninsulares, ansiosas de no tener que remitir a la ceguera de la guerra sus fondos americanos, los emplean en montar aquí, aunque no sea más que una mínima parte de su producción editorial. En seguida aparecen varias empresas argentinas. Y entonces se descubre un misterio psicológico de incalculables consecuencias. [...] Lo seguro y definitivo ya es que la Argentina se ha hecho poderosa en la industria ligera; en la producción de esos libros que corren por muchas manos y que se renuevan y replazan incesantemente. Y esos son los libros que, principalmente, recogen y expanden el sentido de una lengua unificada (Alonso 1943: 27-28).

Para ello, es necesario un plan de acción con el objetivo de que el poder adquirido por Argentina, a través de su capitalidad editorial en lengua española, derive en una influencia positiva sobre el enriquecimiento del lenguaje. Y para que ello ocurra, “cada escritor, cada redactor, cada traductor” (Alonso 1943: 69) ha de ser capaz de discernir los usos literarios y los desechables del lenguaje oral, no estableciendo barreras entre un lenguaje y otro sino cribas y, después, puentes. La posición de Alonso en este trabajo es mucho más matizada que la de Castro (Tuset 2016). También está determinada por la posición desde la que escribe, como director del Instituto de Filología de la Universidad de Buenos Aires y director de colecciones de Losada. Parte de la premisa de que para Argentina se abre la oportunidad histórica de compartir con Madrid la centralidad lingüística del español y romper así con una secular subalternidad; pero también toma en consideración el desventajoso punto de partida y la necesidad de censurar toda pretensión de emancipar el idioma argentino del español peninsular.

Lo expuesto hasta aquí explica unos antecedentes fundamentales para entender la política editorial de la editorial Losada. Más allá de las consideraciones mercantiles que atañían a Gonzalo Losada y al resto de accionistas, Amado Alonso y Guillermo de Torre entendieron que la editorial había de ser un instrumento de intervención cultural y lingüística de primer orden.

En el caso de Alonso, el proyecto editorial de Losada debió de ser visto como un vaso comunicante entre la alta filología que se practicaba en el Instituto de Filología y un público cuyo idioma debía ser reeducado. Al respecto, están no solo la publicación de obras literarias y de alta erudición, sino una serie de colecciones populares de divulgación. A su amigo Alfonso Reyes le da noticia el 7 de diciembre de 1939 de una colección que iba a llevar el nombre de “Vida y obra de...” y que finalmente no cuajó, pero que ejemplifica muy a las claras esta voluntad de transferencia:

La Losada va cobrando mucha importancia. Ahora he organizado una colección de tomitos de unas 150 páginas (o poco más), que se titularán “Vida y obra de...”. Américo Castro me hace el Cervantes (ya lo hizo en francés), R. A. Arrieta el Sarmiento, Capdevila el Lugones, etc. Quiero que me haga usted Vida y obra de Góngora. Son libros destinados a profesores secundarios, alumnos universitarios, periodistas y escritores, etc., los que no se satisfacen con las páginas de Hurtado Palencia o de Fitzmaurice-Kelly, tampoco pueden entregarse a la lectura de volúmenes y de artículos. Una visión sintética, pues. Al final, un par de páginas con la bibliografía esencial, haciendo en cada título alguna indicación útil (Alonso en Alonso y Reyes 2008: 103-104).

Pero es en la colección “Estudios Literarios” donde Alonso dio desarrollo a lo que podría llamarse segunda etapa de la estilística española, en la que divergieron los proyectos de sus dos inspiradores en el ámbito español, Dámaso Alonso y Amado Alonso, cuando el primero escora la estilística, en un proceso de acomodación al nuevo contexto político, a partir de su *La poesía de san Juan de la Cruz: desde esta ladera* (1942), “a un misticismo autoritario que conecta directamente con la ideología nacional-católica el régimen” (Hidalgo Nácher 2021: 63). Al respecto, en 1943, Dámaso Alonso escribía a Amado Alonso quejándose muy dolidamente por las críticas que María Rosa Lida había hecho a su *San Juan de la Cruz* en la *Revista de Filología Hispánica*. Por ser su discípula dilecta y constar en la revista que él dirigía, las quejas se

dirigían indirectamente a su íntimo amigo Amado Alonso y revelan quiébras en sus respectivas maneras de entender la estilística. Con todo, Amado Alonso facilitó la publicación en Losada de una lujosa, prolija y comentada antología de *Poesía de la Edad Media y Poesía de tipo tradicional* realizada por Dámaso Alonso.

“Estudios Literarios” se inauguró en 1940 con la obra del propio Alonso *Poesía y estilo en Pablo Neruda*, a la que siguió, el año siguiente, el libro de Ernst Robert Curtius *Marcel Proust y Paul Valéry*. Apareció después, en 1942, el libro de Alfonso Reyes *La experiencia literaria*. En 1943, se publicó *Vida y obra de Galdós*, de Joaquín Casaldueiro y, en 1944, siguiendo una pauta regular de un ejemplar al año, apareció publicada la tesis doctoral de María Rosa Lida *Introducción al teatro de Sófocles*. En 1946 se publicó *La poesía de la soledad en España*, de Karl Vossler —en traducción de Ramón Gómez de la Serna—, a quien por entonces Espasa-Calpe Argentina estaba publicando muy profusamente. Estos y otros títulos que conforman la colección suponen un canon fundamental de la crítica literaria española de los años 40. A estos títulos, podemos sumar en la misma colección de Estudios Literarios la publicación, en 1948, de *La poesía de Rubén Darío*, de Pedro Salinas, y, en 1952, de *Ángel Ganivet (su idea del hombre)*, de Francisco García Lorca, ambos profesores en los Estados Unidos y cercanos a Alonso, que desde 1947 ocupaba la cátedra en Harvard. Todos estos trabajos demuestran hasta qué punto Losada sirvió en gran medida de continuadora de los trabajos de la sección de Filología del Centro de Estudios Históricos, dirigida por Ramón Menéndez Pidal.

A los cultivadores de la crítica estilística se une la publicación de sus inspiradores teóricos. Hallamos sus nombres en otra colección dirigida de forma muy personal por Amado Alonso: “Filosofía y Teoría del Lenguaje”, compuesta por solo tres títulos entre 1941 y 1945 —más un cuarto ya de 1955—: Charles Bally, *El lenguaje y la vida*; Karl Vossler, *Filosofía del lenguaje*; y Ferdinand de Saussure, *Curso de lingüística general*, este último con un fundamental prólogo del propio Alonso. Los tres textos de la colección estuvieron traducidos por Alonso —el segundo, en colaboración con su discípulo Raimundo Lida— y trataban a la vez de ser textos de difusión en el Instituto de Filología de la Universidad de Buenos Aires, que él dirigía desde 1927 —lo cual garantizaba a la empresa editorial la amortización de su

edición— y, al mismo tiempo, sacar algunos textos clásicos de la lingüística y la filología del estrecho círculo académico. De hecho, esta labor editorial en Losada complementa la que Alonso estaba llevando a cabo en las propias ediciones del Instituto, para las que había traducido, nuevamente en colaboración con sus discípulos, entre otros, *Introducción a la estilística romance*, con textos de Vossler, Spitzer y Hatzfeld, en 1932; *La vida espiritual en Sudamérica*, de Karl Vossler, en 1935; *El impresionismo en el lenguaje*, de Charles Bally, en 1936, y *Ensayo sobre la novela histórica*, del propio Amado Alonso, en 1942, todos ellos en la colección “Estudios Estilísticos” del Instituto de Filología.

La continuidad de las aportaciones de Alonso en Argentina fue escasa. Miranda Lida (2012) y Laura Sesnich (2020), que han trabajado a fondo sobre la impronta de Alonso en el pensamiento filológico en Argentina, destacan el declive de esta influencia a partir de 1943 y, de una manera más acusada, a partir de su marcha a los Estados Unidos en 1946, año clave para nuestro estudio, pues es también el del fallecimiento de Henríquez Ureña, su fiel amigo y colaborador en el Instituto de Filología y en la editorial Losada. El rebrote nacionalista en Argentina a causa del advenimiento del peronismo tuvo un signo contrario al pensamiento lingüístico de Alonso y ello afectó tanto a las investigaciones del instituto como a las publicaciones de Losada.

En cuanto a la huella de De Torre en el catálogo de Losada, es de distinto cariz y alcance que la de Amado Alonso. Él fue el que dirigió la política editorial de la empresa, con la supervisión mercantil de Gonzalo Losada y le dio un sesgo internacionalista, segregando sus colecciones de literatura entre aquellas de textos traducidos, por una parte, y las escritas originalmente en lengua española (“Novelitas de España y América”, “Narradores de España y América”, “Poetas de España y América”) por la otra. Muchas colecciones y, en general, el catálogo de la editorial durante los primeros veinte años de existencia, responden a su gusto personal, hasta el punto de que su alejamiento de la dirección, hacia 1955, para dedicarse a tiempo completo a la enseñanza universitaria, marca el momento en que comienza una larga decadencia editorial para Losada (Larraz 2016).

De Torre representa un modelo de crítico clasicista y canonizador, impecablemente informado y de criterio atinado y universalista. Dio un importante impulso a colecciones de todos los géneros y publicó la mayor parte

de su propia obra crítica en Losada: *La aventura y el orden* (1943), *Tríptico del sacrificio* (1948), *Problemática de la literatura* (1951), *Las metamorfosis de Proteo* (1956), *Tres conceptos de la literatura hispanoamericana* (1963)..., a los que siguieron, ya en los años 60 *El fiel de la balanza y Al pie de las letras*.

El hecho de que las obras de De Torre estuvieran integradas en colecciones dedicadas al ensayo en su más amplia acepción indica que era este el género con el que identificaba su trabajo crítico. El carácter de cartografiador de su tiempo, su adaptabilidad a las sucesivas corrientes intelectuales y estéticas, ejemplificado en el personaje mitológico de Proteo, reflejan bien la personalidad de De Torre. Su prolija tarea crítica se orientó sobre todo a las letras europeas y españolas, aunque en absoluto con exclusividad. De hecho, el primero de los muchos libros de Guillermo de Torre, *La aventura y el orden*, agavillaba ensayos publicados previamente en revistas y, entre ellos, estaban los dedicados a escritores americanos como Julio Herrera y Reissig, Carlos Rojas y Jules Supervielle, además de un capítulo sobre la poesía negra antillana.

El último capítulo de aquel libro, titulado “La emigración intelectual, drama del presente”, cobra un interés especial a la luz de lo tratado en este artículo. Al final del trabajo, hallamos una reflexión sobre los destierros en países en los que se habla la misma lengua que en los de origen: “¿Hasta qué punto la identidad idiomática, la afinidad espiritual —como es el caso de los españoles en la América hispanoparlante— puede favorecer o perjudicar a una literatura en el destierro o puede hacer que esta conserve o degrade sus esencias propias? ¿No estarán mejor preservadas aquellas otras literaturas que son trasplantadas a un clima rigurosamente disímil, en el seno de un idioma diferente?” (De Torre 1943: 321). Este interrogante, retórico o no, nos sitúa en el núcleo del asunto: para De Torre y Alonso, intelectuales españoles, el sustrato de un nacionalismo liberal explicará su ser en el exilio. La cuestión de la nivelación lingüística de Alonso tiene el revés en el peligro de desleimiento cultural que manifiesta De Torre. Incluso puede que sea mejor una extranjería total, como la de los alemanes antifascistas en México o en Estados Unidos, que una contaminación con culturas y variantes idiomáticas distintas. Esta labor de conservación de una identidad que radica en la lengua y que, en el fondo, siguen sintiendo superior —superior y amenazada en ambas orillas— es en gran medida lo que define un proyecto tan netamente identificado con el exilio como el de Losada, aunque ambos, Alonso y de De

Torre, se sienten paradójicamente atraídos por el enriquecimiento —literario, idiomático— que les proporciona el intenso contacto con el otro. Por eso, De Torre acabará su artículo con estas palabras:

En cualquier caso, para la *intelligentsia* española esta obligada ausencia, sea más o menos duradera, no dejará de resultar fructuosa. La curará del localismo, que en tantos sectores angostaba el interés de sus producciones, abriéndola a distintas perspectivas y nuevos problemas, enriqueciéndola con una temática inesperada. Y sobre todo, el exilio habrá prestado a los escritores españoles un beneficio incalculable, una experiencia vital y espiritual del mayor alcance, que de otra suerte pocos habrían resuelto afrontar: el conocimiento y loor de América (1943: 322).

## BIBLIOGRAFÍA

- ALEMANY BAY, Carmen (1998): *La polémica del meridiano intelectual de Hispanoamérica (1927): estudios y textos*. Alicante: Universidad de Alicante.
- ALONSO, Amado (1932): “El problema argentino de la lengua”. *Sur*, II, pp. 124-178.
- (1935): *El problema de la lengua en América*. Madrid: Espasa-Calpe.
- ALONSO, Amado, y REYES, Alfonso (2008): *Crónica parcial. Cartas de Alfonso Reyes y Amado Alonso* (ed. de Martha Elena Venier). Ciudad de México: El Colegio de México.
- BERNÁRDEZ, Francisco Luis (1925): “El futuro idioma argentino”. *Martín Fierro*, 16, pp. 106-107.
- BORGES, Jorge Luis (1941): “Américo Castro: *La peculiaridad lingüística rioplatense y su sentido histórico*”. *Sur*, X, pp. 66-69.
- DE DIEGO, José Luis (2014): “1938-1955. La ‘época de oro’ de la industria editorial”, en José Luis de Diego (dir.), *Editores y políticas editoriales en Argentina (1880-2010)*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- (2015): *La otra cara de Jano. Una mirada crítica sobre el libro y la edición*. Buenos Aires: Ampersand.
- DE TORRE, Guillermo (1927): “Madrid, meridiano intelectual de Hispanoamérica”. *La Gaceta Literaria*, 8, p. 1.
- (1943): *La aventura y el orden*. Buenos Aires: Losada.
- DEGIOVANNI, Fernando, y TOSCANO Y GARCÍA, Guillermo (2010): “Las alarmas del doctor Américo Castro: institucionalización filológica y autoridad disciplinaria”. *Variaciones Borges*, 30, pp. 3-26.

- FERRERO DE SAHAB, Graciela; SANTIAGO, Olga; ESTOFÁN, Cristina; PERRERO DE RONCAGLIA, Silvina (1993): "Historia de la editorial Losada, 'voz' de los exiliados españoles", en Luis Martínez Cuitiño y Elida Lois (coords.), *Actas del III Congreso Argentino de Hispanistas: España en América y América en España*, vol. 2. Buenos Aires, pp. 521-544.
- GARCÍA, Carlos (2008): "Periferias ultraístas: Guillermo de Torre y Roberto A. Ortellí (1923)". *Fragmentos*, 35, pp. 91-105.
- HIDALGO NÁCHER, Max (2021): "Genealogía de la teoría literaria y herencias teóricas", en Fernando Larraz y Diego Santos Sánchez (eds.), *Poéticas y cánones literarios bajo el franquismo*. Madrid/Frankfurt am Main: Iberoamericana/Vervuert, pp. 55-80.
- La editorial Losada. Una historia abierta* (2002). Madrid: Losada.
- LARRAZ, Fernando (2016): "Guillermo de Torre y el catálogo de la editorial Losada". *Kamchatka. Revista de Análisis Cultural*, 7, pp. 59-71.
- (2018): *Editores y editoriales del exilio republicano de 1939*. Sevilla: Renacimiento.
- (2020): "1938: Política y cultura en el primer exilio. La gestación de las editoriales Losada y Sudamericana". *Laberintos. Revista de Estudios sobre los Exilios Culturales Españoles*, 22, pp. 219-228.
- LIDA, Miranda (2012): "Una lengua nacional aluvial para la Argentina. Jorge Luis Borges, Américo Castro y Amado Alonso en torno al idioma de los argentinos". *Prismas. Revista de Historia Intelectual*, 16, pp. 99-119.
- MASTRONARDI, Carlos (1967): *Memorias de un provinciano*. Buenos Aires: Ediciones Culturales Argentinas.
- OLIVARI, Nicolás (1927): "Madrid meridiano intelectual Hispano América". *Martín Fierro*, 42, p. 356.
- ORTELLI Y GASSET (1927): "Un meridiano encontrado en una fiambreira". *Martín Fierro*, 42, p. 357.
- PECES, Teresa M. (2002): "Losada. La editorial del exilio, en España". *Delibros*, 158, pp. 40-41.
- SESNICH, Laura Noemí (2019): "Nivelar la lengua, consolidar un mercado: Amado Alonso y la época de oro de la edición en Argentina". *Olivar*, 19 (29).
- (2020): "Amado Alonso en Losada: la difusión de un modelo de lengua transregional". *Letras Hispánicas*, 16, pp. 109-128.
- TUSET MAYORAL, Vicenç (2016): "Porvenires pretéritos. Algunas notas sobre Menéndez Pidal, Amado Alonso y la importación de la filología a América". *Filología*, XLVIII, pp. 77-92.